

LA COSTA BRAVA DE DIA, LA COSTA BRAVA DE NOCHE

I. LAS DESTRUCCIONES

Desde Blanes a Cabo Creus se extiende la llamada Costa Brava. Los catalanes están muy orgullosos de ella, y con razón. La extraña, todavía misteriosa, semántica del paisaje tiene aquí una espléndida corporeidad de rocas y cuerpos dorados, de verde pino y mar verdiazul. Las calas y caletas se suceden, parcelan la belleza, intimizan a las masas, que hormiguean tres meses al año, contentos por la evidencia de que el paraíso está siempre, siempre al Sur, y la aventura siempre, siempre al Norte. Leo hasta entrada la noche —dice el sujeto poético de Eliot— y en invierno viajo hacia el Sur, y al decir esto expresaba la evidencia de un turismo clasista, de familias acomodadas de Nueva Inglaterra o de millonarios americanos en general, de pensionistas ingleses o de condes bávaros. Este turismo clasista fue el descubridor de la Costa Azul en los años veinte, cuando los Bugattis ponían «cachonda» a Isadora Duncan y la trascendencia del tango empezaba a dejar paso a la tontería epiléptica del charleston. Por aquellas fechas los burgueses catalanes empezaron a advertir que otros burgueses de medio pelo, e incluso algún que otro proletario, llegaban a las playas de La Maresme y sin respetar el neoclasicismo dórico-jónico catalán (como suele llamarlo José Agustín Goytisolo) introducían su temple plebeyo en playas hasta entonces vírgenes, en espera de los cuerpos privilegiados de los fabricantes de tejidos y de una marinera náusica, inventada por el verbo ambiguo de Joan Maragall. Y esta burguesía, muy acomodada, inició la diáspora hacia el Norte, hacia las playas salvajes de la Costa Brava, hasta entonces sólo utilizadas por algunas pequeñas y vergonzantes comunidades de nudistas y por algún aristócrata al que le gustaba la soledad. Cruel destino el de esta clase social, que siempre pierde el oremus colonizador, en perpetua huida, con la muerte en los talones. Y esta vez la muerte, instrumentalizada por el ferrocarril, los autocares y el coche utilitario, ha alcanzado a la burguesía **SIGUE**



acomodada en su reducto y planea viajes a Florida o a las islas del Egeo. Precisamente a pocos metros de donde finjo pasarlo bien bajo el sol, una dama que exhibe un castellano de «cocktail-party» habla de la expedición a Florida en busca de una piel de cocodrilo auténtica; quería hacerle un bolso a su hija, quinceañera. La conversación de la dama sorprende en un contexto de supermanes franceses, tenderos de Nancy y Reims, capataces de Marsella y Estrasburgo, obreros cualificados de aquí y de allá, que pasan sobre los cuerpos con una impertinencia de metropolitanos. Esta dama está cada vez más acorralada por el «turismo social» francés y apenas si le respetan el rincón de arena en el que remueve sus livianos sesos para trabar una conversación de tennapié.

La Costa Brava ya pertenece al «estado llano»... francés, que para algo hizo la Revolución francesa. Como el estado llano español todavía no ha hecho la revolución española y espera que se la hagan el Plan de Desarrollo y la Ley de Educación, sus apariciones por esta costa son menos ostensibles. Tal vez sea el domingo su día, y entonces la pobre señora del cocodrilo desaparece de estas playas, en otro tiempo privilegiadas, porque pase a escuchar al «estado llano» en francés, que, al fin y al cabo, es como el piano, un instrumento de cultura afeminada y decente..., pero escuchar al estado llano aborigen supera la capacidad de resistencia de nuestra acuciada alta burguesía.

LAS ISLAS

Pero hay islas.

Islas en el sentido simbólico de la palabra. Una isla es S'Agaró, donde el aluvión turístico apenas si pone el pie o la rueda. Impresiona este reducto de villas imponentes, con criadas almidonadas y bebés criados con grano. Casi cada año hay un ministro anglosajón escondido de sus electores y de los periodistas. El ministro anglosajón forma parte del «public-relations» de S'Agaró, y su presencia es imprescindible en alguna cena íntima, pero de gala, en villas con mástiles, en los que ondea la bandera española, la pontificia y, de unos cinco años a esta parte, la catalana.

Este año el ministro anglosajón es Chichester Clark, el controvertido «première» del Ulster. Nadie se explica cómo se ha traí-

do a un ministro tan conflictivo, siendo abundante la Inglaterra conservadora en ministros discretos, a la medida de míster Heath, delicioso solterón con gato, que colecciona armónicas. Como es un ministro conflictivo, Chichester Clark no baja a la playa, y todo conduce a pensar que le subirán cubos de agua salada para que no se vaya de la costa sin el yodo mediterráneo en la epidermis y sin ese «bouquet» final del bronceado que sólo sabe poner una buena agua de mar.

Otra isla es Calella de Palafrugell, donde por las tardes las criadas se visten de tarde y pasean a los niños criados con grano, dentro de cochecitos que uno diría diseñados por el mismísimo Pininfarina. Otra isla es Pals, sobre todo el viejo pueblo situado hacia el interior, donde sobrevive el espléndido barrio gótico del Pedrò. Las casas se han restaurado, y en plena fiebre bermeja de gabachos, con dos días de sol auestas, sorprende este oasis, apropiado para la imaginación de Pierre Benoit, donde reinaría el esplendor, entre gótico y renacentista, de la bajísima Edad Media.

Otra isla es Cadaqués, mundo aparte, qua ya ha hecho correr tanta tinta como bilis y que cumple la función de servir de tema de conversión a la *gauche satanique*, que impugna, con una saña superior con la que se podrían cargar el racismo yanqui, la vida marginada, dulce, capillista, amarfilada de la *gauche divine* de Cadaqués. Uno piensa que la cosa está ya muy manida, y que hay tantos «Dos Caballos» en Cadaqués como coches de importación en S'Agaró. Pero si Cadaqués sirve para que se celebren en sus gentes de verano los malos humores de la izquierda cejijunta, bien está donde está y cómo está, porque no hay función comunitaria más útil que la que cumple el trasero propicio para las patadas. Las rabietas que terminan en una patada en este trasero de la Costa Brava evitan un buen número de depresiones en gentes respetables, que necesitan de estas indignaciones viscerales para sobrevivir y sobrenadar por el río de la cotidianidad, que va a la mar, que es el morir, como todo el mundo casi sabe ya.

Hay otras islas: de verdad. Islas geográficas, como las pequeñas Formigues (horniñas), situadas a medio camino entre Palamós y Bagur, casi frente a la bonita cala de S'Alguer. A estas islas van los pescadores submarinos y las lanchas motoras. Cada

día se comete un genocidio de mejillones pequeñitos y sabrosos, minúsculo holocausto que evidencia la persistencia depredatoria del «homo turisticus».

Más islas. Las Medas. Están frente a Estartit, en el inicio del golfo de Rosas, y son islas casi serias, con alguna construcción inclusive y vigilancia periódica de la Guardia Civil.

LA COMUNICACION DE MASAS

Esta costa vive, en el sentido mercantil del término, de los franceses. Ha dejado de ser una sorpresa para el turismo rico y ahora recibe ese turismo pobre que la revolución semántica ha convertido en «social». Suele venir un público francés muy racista, que busca paisanos por la playa y rehúsa sentarse en zonas donde el español constituye mayoría. Les he oído comentarios muy vejatorios sobre la raza española. Por ejemplo, ante la presencia de un caniche, un joven francés que jugaba molestísimamente a balón boleado sobre las cabezas de dos familias de Camprodón, dijo:

—Otro perro español...

Y se echó a reír. En otra ocasión, una familia francesa, algo cargada de espaldas, por cierto, buscaba y rebuscaba entre los cuerpos yacientes en busca del paisanaje, y, al no hallarlo, la señora (llevaba una permanente casi tan insufrible como sus varices), comentó:

—¡Uf! ¡Cuánto español!

El turismo acerca a los pueblos por carretera y los desune en el mercado. Así, ante la improcedencia de que los calamares se vendieron a cuatrocientas pesetas en el mercado de Palamós, un súbdito francés (en pleno olvido de Raffles y de Arsenio Lupin) comentó en un francés bastante sonoro.

—Todos los españoles son unos ladrones.

Es difícil saber hasta qué punto la ocupación nazi en Francia dejó profunda huella en cuanto a racismo se refiere. Sólo hemos comulgado con la mitología del francés resistente y del francés chansonnier y no acabamos de creernos al francés chauvinista. Pero existe, y a buena parte del tipo de francés medio que se pasea por la Costa Brava sólo le falta un transportador gigantesco para medir el ángulo facial del aborigen hispánico y deducir la profunda distancia antropológica que nos separa del ario puro.

¿Son culpables de este talante?

Hay una culpa objetiva que debe buscarse en los mismos términos de la comunicación que plantea el turismo. Es una industria de amos y criados, de compradores y vendedores, y ellos son los amos y los compradores, nosotros los criados y los vendedores. Alguna vez se le hinchan las narices al tendero español que ha soportado dos o tres impertinencias turístico-racistas. Pero sólo lo exterioriza si la compra es menguada. En cuanto la nota de pago del turista francés supera las quinientas pesetas, bien está tragar la culebra de un honor nacional, más vendido que ultrajado.

A este turista sólo se le ofrece un inmenso mercado donde compra sol y cosas al amparo de su moneda más fuerte. Le sale más barato veranear en España que en el Rosellón. Llega en manadas y vive entre manadas. No tiene tiempo de distinguir las voces de los ecos, ni los rostros, ni los nombres. En el gran supermercado del verano, todo español está detrás de un mostrador y trata de venderle algo con la intención de sacar el mejor provecho. Y así se confortan.

¿De qué manera se les plantea la relación con lo español?

Cotidianamente pasan furgonetas con altavoces pregonando las corridas de toros en San Feliu, con el correspondiente pasodoble antes y después. Los souvenirs son los de siempre: monteras y azulejos decorados, joyeros de oro de Toledo y espadines. En los carteles se anuncia por doquier la España de taconeo. Con la mano en el pecho, ¿hay otra España que ofrecerles? Sí. Hay otra España. La que busca su lógica histórica pese a los símbolos que le han servido tradicionalmente de zapato-molde para sus pies de chinita hija de mandarín.

Pero esa España dialéctica tiene tan profundas contradicciones, es tan invernal, tan antilúdica, que molesta a la percepción de este gozador de mercancía del ocio. Esa mercancía se llama sol, mar, cuarto de pollo con patatas fritas... Lo demás no importa. Es verano. Es fiesta. Un bonito y barato verano a costa de un país insuficientemente desarrollado, que tiene en la industria del turismo el gran sostén de una estructura política, económica y social.

¿Qué les importa a ellos el invierno de España? ¿Qué les importa a ellos la España que no da la cara en las costas? ¿Qué les importa ellos la España que no tiende la mano en busca de divisas?



«Una isla —en el sentido simbólico de la palabra— es S'Agaró. Impresiona este reducto de villas impresionantes, con criadas almidonadas y bebés criados con grano».

LA DESTRUCCION DEL PAISAJE

La ley de la oferta y la demanda actúa como una termita hincada en las profundidades de los espíritus y del paisaje. No se han cometido en la Costa Brava los asesinatos arquitectónicos de la costa levantina y la Costa del Sol. Pero no faltan las ganas y a veces se manifiestan, sobre todo en el tramo Sur que va de Blanes a Palamós. Los rascacielos se si-

túan como un muro entre la tierra y el mar a lo largo de Playa de Aro o crean un paisaje cúbico alucinante en Tossa y Lloret. Incluso han llegado a la en otro tiempo solitaria cala de La Fosca (La Oscura), situado a dos kilómetros de Palamós. En La Fosca se ha ido a parar a la solución de Herodes. En media cala sobrevive un tipo de vivienda unifamiliar, de la época del veraneo manual y privilegiado. En la otra parte crecen los rascacielos de año en año.

No es que propugnemos la fórmula de la vivienda unifamiliar, aristocratizante y privilegiada. Pero no parece una réplica adecuada «social» un paisaje urbanístico especulador, a base de grandes cubos rellenos de personas para sacar más beneficio. Este muro de rascacielos rompe una de las bazas semánticas fundamentales de este paisaje: la relación elemental entre la tierra neoclásica del Ampurdán y su inmersión en el mar verdiazul me-

dante una verdadera explosión de rocas. La batalla geológica mar y tierra, clave de la belleza de la Costa Brava, está siendo sustituida por un espíritu depredador que cerca el mar y le inmoviliza como si se tratara de una oca francesa productora de foie-gras.

Ya hacia el Norte, donde hasta ahora se habían respetado las reglas, empiezan a crecer los rascacielos en el golfo de Rosas. Nadie crea que esta arquitectura está en condiciones de crear su propio código estético, modificador, incluso, del código natural del paisaje. Esta arquitectura está aquí porque es rentable y es así porque es más rentable: no obedece a otra motivación.

¿Quiénes son los responsables de esta destrucción?

La anarquía más absoluta priva sobre algo tan delicado como el paisaje natural y artificial del hombre. Empieza por no haber planes de ordenación territorial que tengan un punto de partida estructural lo suficientemente amplio como para garantizar la racionalización de una zona geográfica con coherencia propia. Cuando alguno de estos planes se realizan, hecha la ley, hecha la trampa, o bien nunca entran en vigor o bien nacen ya irreconocibles. Por otra parte, las absurdas normativas que condicionan la construcción en España parecen cosa de broma por la casuística que opera sobre el tamaño de las ventanas y la manga ancha que hay para la propina o para el espíritu reyezuelo de los arquitectos municipales.

Y, sin embargo, a pesar de los pesares, la Costa Brava conserva un encanto esplendoroso e incluso un encanto sedante al atardecer, cuando los cuerpos se han vestido y han desaparecido en gran medida los coches de las playas. Se está marchando el sol, el aire ya no huele a pollo ni a patatas fritas. Sólo las playas del Norte y de Galicia pueden rivalizar en belleza con este litoral, aunque padecen la rémora del tiempo inestable. Pero de noche, la Costa Brava es un reino especial en el que ha desaparecido la geografía y sólo queda la elemental semiótica que conduce a los night clubs, donde las gogirls acaban de resucitar para interpretar el cotidiano no saber qué hacer del soul. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

Próximo capítulo: «Sodomía, Gomorra, etcétera, etcétera».